

EL EVANGELISTA

FEBRERO

1907

REVISTA EVANGÉLICA, ILUSTRADA, MENSUAL

—AÑO XXIV— REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Provenza, 275, 1.º, Gracia-Barcelona. —N.º 278—



MODO ORDINARIO DE VIAJAR EN CHINA

¿Qué diríamos nosotros, después de haber viajado en ferro-carril, si tuviéramos que hacer nuestros viajes como de ordinario se hacen en China, es decir, en un carretón de una rueda, llevado por un hombre, tal como se representa en nuestro grabado? En él se ven dos carretones uno al lado del otro que están en el acto de pasar un pequeño puente. Cada carre-

tón tiene dos asientos, uno á cada lado de la rueda, y encima del mismo eje, de modo que nada del peso descansa sobre los brazos del hombre que lleva el carretón. Si hay dos viajeros, estos ocupan los dos asientos; si no hay más que uno, el equipaje se coloca en uno de los asientos, y así sirve de contrapeso. Estos carretones no tienen muelles, de modo que no

ofrecen ni comodidad ni descanso. Los que quieren tener estas cosas, y pueden pagar por ellas, pueden satisfacer sus deseos alquilando sillas de mano, y las hay de mucho lujo.

Hasta hace poco los chinos han resistido la construcción de ferro-carriles en su país, y daban por razón que éstos por fuerza tendrían que atravesar terrenos donde los muertos se hallan enterrados. Ha habido tanto descuido en la construcción de cementerios, que todo el país ha venido á ser un vasto cementerio, y en una nación donde se enseña el culto á los antepasados, sería una desecración imperdonable que una máquina de ferro-carril llevara coches de viajeros y mercancías sobre los sepulcros de los muertos.

Pero las lecciones duras que los chinos han recibido de las naciones europeas, y no hace mucho de su vecino, el Japón, les despiertan y disponen á aceptar los adelantos de otros pueblos, y á tomar su puesto entre ellos. Y sobre todo se ha despertado un vivo deseo entre las altas autoridades del país para favorecer á los misioneros del Evangelio, creyendo ver en ellos una esperanza para el porvenir de su gran imperio. Los misioneros de mayor experiencia en China creen que los tiempos actuales son tiempos críticos, cuando el Evangelio puede recibir un gran impulso por las circunstancias especiales del país; ó puede, por otra parte, iniciarse un movimiento hacia la incredulidad que tanto daño está haciendo en Europa. Muchos de los Chinos están cansados y desengañados de sus idolatrías y supersticiones; pero ¿qué es lo que va á llenar el vacío así producido?

Acordémonos en oración al Señor de los obreros del Evangelio que hay en este vasto Imperio de 400 millones de habitantes, tan venerable por su gran antigüedad.

La sabiduría humana ha de ser entendida para ser amada; mas la sabiduría divina ha de ser amada para ser entendida.

PASCAL.

«TAMBIÉN YO SOY ISRAELITA.»



EL apóstol Pablo en su Epístola á los Romanos (Cap. 1. 16) declara que el Evangelio es la potencia de Dios para dar salud á todo aquel que cree: al Judío primeramente, y también al Griego. Diecinueve siglos han pasado desde que el Apóstol escribió estas palabras. El mismo había experimentado la verdad que declaraba, y también otros muchos en aquel tiempo; y es una verdad tan grande hoy como lo era entonces, á la que millares que han creído en Jesu-Cristo pueden dar fe.

De una carta particular que tenemos á la vista entresacamos el relato de la conversión de un judío que es otra prueba de como el Evangelio es la potencia de Dios para dar salud al que cree, y después, aquella fortaleza de ánimo que se necesita para seguir á Jesu-Cristo en medio de los mil obstáculos que se presentan continuamente. Dice la carta:

«Hace unos siete meses que vino aquí un judío de Rusia. Había estudiado en una de las universidades de aquel país. Durante el tiempo de estos estudios leía de vez en cuando el Antiguo Testamento, y algo de la verdad contenida en el Libro de la revelación de Dios iba penetrando en su alma, perturbándola á pesar suyo, tanto que fué llevado á echar el precioso Libro al fuego. El deshacerse de esta manera de la Biblia, ó de aquella parte de la Biblia que llamamos el Antiguo Testamento, no tranquilizó su conciencia, sino que ayudó á su malestar espiritual. En tal estado llegó á este país (Escocia), y desde luego se quedó admirado al ver la completa libertad que aquí se goza, y más aun cuando veía como se tenían reuniones al aire libre para la predicación del Evangelio, cosa que le llevó á pensar de nuevo en la Biblia.

»Pronto trabó conocimiento con otros judíos de aquí, y entre ellos Mr. M. que

es convertido, á quien hizo muchas preguntas sobre cosas que le habían tenido turbado por bastante tiempo. Vivía con un tío suyo, en cuya casa halló un Nuevo Testamento. La lectura de este tesoro le tenía ocupado por muchas noches, hasta que la luz de Dios le amaneció. Había ido á la Casa Médico-Misionera para adquirir un Nuevo Testamento en Hebreo, y cuando volvió por él dijo que era salvo. Fué allí donde yo le encontré hace unas dos semanas. Tuvimos una conversación muy interesante, y después le convidé á que viniese á mi casa el siguiente domingo por la tarde. Parece que está enterado ya de todo lo que contiene el Nuevo Testamento. Poco después de su conversión estuvo presente á un bautismo. Quedó impresionado, y entendiendo que era una doctrina del Señor Jesu-Cristo enseñada en el Nuevo Testamento, sin esperar á tener la luz que le habría dado mayor conocimiento, fué sin pérdida de tiempo á una de las casas de baños públicos, y se bautizó á sí mismo.

» Aunque hace poco tiempo que es convertido, tal ha sido su diligencia en la lectura del Nuevo Testamento que el conocimiento de su contenido es sencillamente sorprendente, y juntamente con este conocimiento de la Palabra de Dios va su amor para con todos los que creen y aman al Señor Jesu-Cristo. Me dijo que sería la muerte de su padre, si éste supiese que se había hecho cristiano. En una ocasión su tía le preguntó por qué estaba tan metido en la lectura del Nuevo Testamento, y qué era lo que hallaba allí de bueno que tanto le interesaba. Le contestó que hallaba en él lo que era muy bueno, y le leyó el cap. 11. á los Romanos, que empieza: «Ha desechado Dios á su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy Israelita, de la simiente de Abraham, etc.»

» Pocos días después de su conversión se encontró con un socialista que quería ensalzar las excelencias del socialismo; pero el joven judío convertido le dijo que leyese el cap. 2. de Santiago, y viendo que el socialista se interesaba en el asunto,

le aconsejó que empezase al principio y leyese toda la Epístola. »

E. E. P.

¡Ay de mí, si el salvarme sólo de mí dependiese! ¡Ay de mí, si yo solo sin vos, Dios mío, y sin que vos me ayudaseis, hubiera de fabricar mi fortuna! ¡Ay de mí, si fuera hijo de mis mismas manos y hubiera de mirarme á mi como autor de mi remedio cuando solo soy autor de mi perdición! ¡Ay de mí, si yo quisiese ser el principio, el fin, el medio de mi salvación! Vos, Dios mío, vos Criador, Redentor y Salvador mío; vuestra Gracia, vuestra Piedad y Misericordia, vuestra Sangre, Muerte y Cruz son el principio, el medio y el fin de mi salvación.

JUAN DE PALAFOX.

LAS NARANJAS



HACE ahora algunos años, en una primavera borrascosa, que un vapor luchaba con trabajo contra la tempestad al atravesar el Atlántico. Entre los pasajeros se hallaban un número considerable de niños que la caritativa Srta. Macpherson de Londres había recogido de entre los perdidos que hay en las calles y puentes de la gran metrópoli. Estos niños iban al Canadá como emigrados para ser colocados en familias de colonos, donde podrían hallar medios que les permitieran llevar una existencia mejor que la que tenían en Londres.

Una de las señoritas encargadas de estos pobres niños recogidos, la Srta. Lever, había hecho muchas veces la travesía, pero esta vez sufría terriblemente del mareo; tanto que se vió obligada á estar siempre acostada en su camarote, sin poder tomar otro alimento que algunos gajos de naranja. Por causa del mal tiempo la navegación fué sumamente penosa,

y se adelantaba poco, de modo que se temía por la vida de la enferma que ahora dependía enteramente del poco alimento que le daban las naranjas, y aun estas empezaban á faltar, porque otros de abordo sentían también la necesidad de tener alguna de vez en cuando.

Al fin, una mañana, la camarera que era una buena señora y de mucho ánimo, aunque no creyente verdadera en el Señor Jesús, dijo á la Srta. Lever que le traía la última naranja que había abordo. La calma con que la enferma recibió la noticia sorprendió algo á la camarera; pues esta no conocía la paz que tiene aquel cuyo corazón confía en Dios, aunque había notado antes una resignación en la enferma nada común. Pero ahora creía que la fe de esta hija de Dios iba á ser puesta á una dura prueba.

Bueno, dijo la Srta. Lever, por ahora me comeré la que V. me trae. Yo sé que Dios puede enviarme otras, si es su voluntad. Y si es que El quiere que yo muera, estoy dispuesta, no temo la muerte. Así dió principio en seguida á mondar la naranja. Pero en el corazón de la camarera nació un pensamiento parecido al que tuvo el príncipe que asistía al rey Joram en la ciudad de Samaria, cuando el profeta Eliseo anunciaba para el día siguiente abundancia de pan en la ciudad hambrienta por causa del sitio que sufría. Dicho príncipe dijo: «Si Jehová hiciese ahora ventanas en el cielo, ¿sería esto así» (2.º Reyes 7.2)? Y de veras que en el caso de un vapor, en medio del Atlántico, había lugar para hacer la pregunta: ¿De dónde puede venir la hermosa fruta tan deseada? La camarera no dió expresión á la pregunta incrédula del príncipe; sino que, dejando á la paciente que comía la naranja, se fué del camarote.

La Srta. Lever se echó después y así quedó con los ojos cerrados, cansada y sin fuerzas; mas con una paz perfecta, sabiendo que tanto para vivir como para morir, ella era del Señor.

Después de un rato oyó ella algún ruido y choques inusitados sobre cubierta, seguidos de voces de estímulo, como si

estuviesen cargando ó descargando cajas pesadas. No tardó mucho tiempo en saber lo que pasaba; porque la camarera á toda prisa entró con sus manos llenas de hermosas y succulentas naranjas para mojar y suavizar la seca garganta de la enferma.

He aquí, exclamó la pobre mujer que había dudado, ahora puede V. comer naranjas á su gusto, porque abundan

—Muchas gracias, pero, Señora, ¿de dónde han venido?

—Pues han venido expresamente del cielo para V., contestó la camarera.

—Es verdad que toda buena dádiva, y todo don perfecto, es de lo alto, que desciende del Padre de las luces.

Pero queda por contestar la pregunta: ¿De dónde venían las naranjas en medio del océano Atlántico? He aquí la respuesta: Un buque que pasaba había hecho señales de estar en necesidad. El capitán del vapor que iba al Canadá demandó también por señales que le dijera cual era su estado, y recibió por contestación que estaban faltos de provisiones, al mismo tiempo que se le suplicaba proporcionarles los alimentos si le fuese posible.

Inmediatamente el capitán ordenó dirigir el vapor hacia el buque que estaba en apuro, y generosamente les proporcionó á aquellos pobres marineros los comestibles que necesitaban. Los marineros, así socorridos en su apuro, quedaron profundamente agradecidos á sus bienhechores, y en señal de su gratitud suplicaron al capitán del vapor que aceptase dos ó tres cajas de naranjas, de que su buque iba cargado, la única cosa que podían ofrecerle. Las cajas puestas abordo, entre los gritos de alegría y satisfacción de una y otra parte, los dos buques continuaron sus respectivos viajes en direcciones opuestas.

¡Qué prueba de la intervención de Dios! La Señorita Lever estaba expuesta á morir de inanición, y decía: El Señor puede enviarme naranjas si es su voluntad. Y El guió á los dos buques de modo que se encontrasen sobre el inmenso océano á fin de suplir la necesidad apre-

mante de una hija suya, al par que la de los marineros.

El apóstol Pablo escribe á los Filipenses, cap. 4. 19: «Mi Dios, pues suplirá todo lo que os falta conforme á sus riquezas, en gloria, en Cristo Jesús».

*
* *

Hemos traducido este interesante relato de nuestro apreciable colega *La Pioche et la Truelle*, que lo publica como historia verídica; de no creer que lo fuera no le habríamos dado lugar en estas páginas. Este caso nos ha traído á la memoria otro semejante que también prueba como Dios, tanto ahora como en los tiempos bíblicos, oye la oración de sus hijos. He aquí el relato que oímos de boca de un capitán conocido y amigo nuestro, y que ahora se publica por primera vez.

El capitán solía venir á Barcelona con cargamento de carbón de Cardiff. Es un cristiano fiel, y siempre que le era posible asistía á nuestras reuniones y se gozaba en la comunión que tenía con sus hermanos en la fe españoles, residentes en esta ciudad. En cierta ocasión, estando en alta mar, tenía á uno de sus marineros gravemente enfermo. El capitán le asistía como mejor podía, según sus escasos conocimientos médicos; pero siendo un señor muy simpático, que quería siempre tener lo que fuese mejor para su gente, deseaba poder llamar á un médico. Pero, ¿cómo en alta mar? Pues dió órdenes á los que estaban sobre cubierta de que mirasen bien por si se presentara un buque en el horizonte, y en seguida se encerró en su camarote, donde pidió á Dios enviarle un médico. Si mal no recordamos no pasó más de media hora cuando se divisó un vapor, al cual pedían por señales si tenían médico abordo. La contestación fué en afirmativo, y pronto el médico visitó al pobre enfermo, á quien encontró moribundo. Le recetó algo, y escribió en el diario del buque una relación del estado en que había hallado al enfermo, y se despidió para volver al buque que le esperaba. Poco tiempo después murió el enfermo. Pero la visita del médico había

sido un gran consuelo para el simpático capitán y un aliento á su fe.

Estos casos son ejemplos del cumplimiento de la promesa que Dios da á su pueblo, y que dice: «Y será, que antes que clamen, oiré yo; aun estando ellos hablando, yo los habré oído propicio». (Isaí. 65. 24.)

SERVICIO RETRIBUIDO

«He aquí, yo vengo presto, y mi galardón conmigo, para recompensar á cada uno según fuere su obra». (Apoc. 22. 12).

La Palabra de Dios declara terminantemente que no hay salvación por ninguna de nuestras obras; un hombre puede ser moral, caritativo con los pobres, liberal en dádivas para la predicación del Evangelio, puede ser miembro activo de una congregación, bautizado y participe de la Comunión; pero por nada de esto se salvará; y si no ha nacido de arriba, si no ha recibido como pobre pecador perdido á Jesu-Cristo como su Salvador, á pesar de todo esto se perderá eternamente.

La salvación es un don de Dios por Jesu-Cristo; no estriba en ninguna obra de carácter humano sino en la obra y sacrificio de Jesu-Cristo; así que si no aceptamos á Jesús como nuestro único Salvador, la perdición es cierta. Empero los redimidos por el Señor tienen recompensa por sus trabajos, y en el día que aparezcamos ante el tribunal de Cristo, veremos que aun un vaso de agua fría dada en su nombre tendrá su recompensa. No olvidemos que Cristo nuestro Salvador ha ido á su Padre para tomar para sí un reino, y volver (Lucas 19. 11-28). Entre tanto que El viene para tomar á su esposa, la Iglesia, todo redimido debe trabajar por la extensión del Evangelio y la salvación de almas; siendo la santidad de vida en cada creyente un vivo testimonio de su fidelidad al Señor; sabiendo esto, que en aquel gran día sus servidores comparecerán ante El para recibir cada uno conforme á su labor (1.^a Cor. 3. 8).

En ese gran día ¿tendrán recompensa

todos los creyentes? A esto contestan las sagradas Escrituras: No. Parte de los creyentes están tan preocupados con los negocios y placeres de esta vida que no hallan tiempo para servir al Señor; la vida de los tales es tan raquítica que difícilmente se distinguen de los del mundo. Empero por la misericordia del Altísimo serán reconocidos, no por sus obras, sino por la señal de la sangre del Cordero de Dios. Hay otros que trabajan al parecer sobre el fundamento que es Cristo; mas la obra de los tales es madera, heno, hojarasca; y como la prueba será hecha con fuego, sus obras serán quemadas; no hay pues lugar á recompensas; sin embargo, los tales obreros se salvarán, así como escapados por fuego (1.ª Cor. 3. 15). Hay, es verdad, obreros fieles cuyas obras llevan fruto, y juntamente con la santidad de sus vidas, son vivos testimonios de su amor y consagración al Señor; pero más se podría hacer para que la sencilla predicación del Evangelio se extendiese y llegase hasta los más remotos confines de la tierra.

Despertemos pues, porque gran responsabilidad pesa sobre el pueblo cristiano; nuestra negligencia en proclamar la salvación por Cristo es muy culpable. «Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano». (1.ª Cor. 15. 58).

A. MEDINILLA

LAS DOCTRINAS DE LOS ADVENTISTAS DEL SÉPTIMO DÍA

II

Los Adventistas del Séptimo Día se presentan con mucha confianza en sí como intérpretes de las profecías de las sagradas Escrituras, á pesar de las equivocaciones que han hecho desde su principio. El asunto de las profecías tiene mucho de atractivo por dos razones: 1.ª, porque el hombre tiene un deseo natural de penetrar lo desconocido, de entender el porvenir; y 2.ª,

porque se despierta en uno la curiosidad de descubrir cosas nuevas, para darse aire de sabio. En nuestro último número dijimos algo acerca de los errores de la secta de que hablamos en cuanto á estas interpretaciones, y, del contraste que éstas presentan con la sencillez de las verdades reveladas en las sagradas Escrituras. En el presente número nos proponemos tratar de errores de mayor importancia, porque son fatales para el alma. Los exponemos en las palabras de los mismos Adventistas del S. D. á fin de que nuestros lectores vean lo que son, y que los juzguen por la Palabra de Dios que es viva y eficaz y más penetrante que toda espada de dos filos.

Creíamos que la negación de la existencia del alma después de la muerte era doctrina de los antiguos Saduceos y de los materialistas modernos. Los primeros negaban la existencia del alma después de la muerte, aunque admitían los libros de Moisés; los últimos rechazan las enseñanzas de la Biblia en todo. Según se ve por los escritos de los Adventistas del S. D. los materialistas pueden considerar como colaboradores suyos á los Adventistas. Es verdad que hay alguna diferencia entre ellos: aquéllos niegan porque sí, mientras que éstos pretenden hallar apoyo para su negación en las mismas Escrituras; también aquéllos creen que muerto el hombre, todo se acaba para siempre, mientras que éstos dicen que á la muerte el alma deja de existir para volver á vivir en la resurrección. Parece imposible que personas que profesan creer la Biblia puedan sostener doctrinas tan diametralmente opuestas á lo que tenemos revelado en ella. Sin embargo nos alegramos que no rechazan la Biblia, porque esto hace que nuestra tarea sea más fácil y corta.

LA EXTINCIÓN DEL ALMA

Volvamos á copiar del órgano de la Secta, *El Mensajero de la Verdad*, de Méjico, de agosto de 1906, página 135, donde hallamos lo que sigue:

«Los patriarcas y profetas que nos han hablado bajo la inspiración del Espíritu Santo enseñan la extinción del alma que no recibe el Evangelio de Jesu-Cristo.»

Valor se necesita para escribir un dislate tal, y por fuerza el articulista debe contar con la ignorancia de sus lectores sobre lo que han hablado los patriarcas y profetas. Cuando se hace una afirmación

tan terminante como la citada, uno tiene derecho á esperar que se diga en qué parte de las sagradas Escrituras se enseña tal cosa como la extinción del alma. Pero el articulista calla sobre el particular como si bastara para ser verdad que él lo haya dicho.

Se trata como se ve del alma de uno que ha vivido y muerto sin haber recibido el Evangelio de Jesu-Cristo. Podríamos citar muchos versículos para probar la falsedad de tal aserto; pero nuestro espacio nos limita á los siguientes: «Los malos serán trasladados al infierno; todas las gentes que se olvidan de Dios» (Salmo 9.17). «Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo y échalo de tí; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida que teniendo dos ojos ser echado en el infierno del fuego» (S. Mat. 18 9.) «Y murió también el rico, y fué sepultado. Y en el infierno alzó sus ojos, estando en los tormentos, y vió á Abraham de lejos y á Lázaro en su seno, etc.» (Lucas 16.22, 23). El buen sentido de nuestros lectores nos ahorrará toda explicación de los versículos citados, pues llevan en sí con la mayor claridad una verdad solemnísima, y de quitarles su sentido natural es sencillamente deshacer la significación del lenguaje. El mismo Señor Jesús, de acuerdo con toda la sagrada Escritura, enseña que el alma del que muere en su incredulidad existe más allá de la tumba, en un estado de tormento.

Pero aun hay más: Seguimos citando del mismo número de *El Mensajero*:

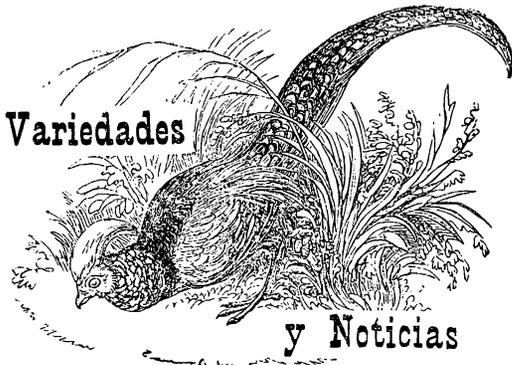
«Es un hecho muy notable, que en ningún lugar de la Biblia y en ninguna definición de las palabras *alma* y *espíritu*, se encuentran estas descritas como existentes ó capaces de existir sin el cuerpo.»

Aquí el articulista abarca más, pues se trata no solamente del alma de uno que muere sin haber creído en Jesu-Cristo, sino rotundamente declara que en ningún lugar de la Biblia se habla del alma y espíritu como existentes, ó capaces de existir sin el cuerpo. Creemos nosotros que el incremento que ha tomado esta secta se debe á su osadía sin igual en sus afirmaciones y negaciones referentes á las sagradas Escrituras, y también al escaso conocimiento de lo que la Biblia enseña en la mayoría de los que se llaman cristianos.

En la cita primera se afirma que los patriarcas y profetas enseñan la extinción

del alma; mas no se da ningún versículo donde se enseñe tal doctrina. Nosotros hemos citado versículos que prueban lo contrario de lo afirmado. Mas en esta segunda cita se niega que la Biblia hable de la existencia del alma ó espíritu sin el cuerpo. A nosotros toca citar versículos de la Biblia que precisamente hablen de la existencia del espíritu sin el cuerpo, y los dejamos al buen juicio de nuestros lectores para que vean la frescura de estos Adventistas del S. D. que afirman y niegan á su antojo. Aquí también nuestro trabajo es fácil, pues solamente tenemos que citar la contestación que el Salvador dió á los Saduceos de su día, secta que como hemos visto, tenía y enseñaba el mismo error que los Adventistas sobre este punto. Léase toda la disputa en S. Mateo 22. 23-33. Allí el Salvador no sólo contesta la pregunta que sus adversarios le hacían, sino que añadió lo que viene tan bien á nuestro caso, donde dice en v. 29: Erráis, ignorando las Escrituras y la potencia de Dios... ¿no habéis leído lo que os es dicho por Dios que dice: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.» Si volvemos al libro del Exodo, de donde saca el Salvador su argumento, vemos que Abraham habia muerto más de cuatrocientos años antes, y su cuerpo yacía en la cueva de Macpela, y sin embargo Dios habla de él como existente, vivo, juntamente con Isaac y Jacob que también habian muerto. Dios no es Dios de los no-existentes, sino de los vivos. ¿Se necesita más para probar que el espíritu existe sin el cuerpo? Pero nuestra experiencia con los Adventistas del S. D. nos impide acreditarles con el buen sentido que tenían los Saduceos de referencia; pues estos quedaron con la boca cerrada ante la respuesta del Salvador. El probó aquel día por las Escrituras que los espíritus de Abraham, Isaac y Jacob existían después de la muerte del cuerpo, y así deshizo la doctrina de los Saduceos, y deshace la de los Adventistas del S. D.

Para mayor prueba y consuelo de los creyentes podemos referirlos á lo que San Pablo dice en sus Epístolas, referente al estado feliz de los que son de Cristo y mueren en el presente tiempo, cuyos espíritus están con Cristo que es mucho mejor que estar aquí: 2.^a Cor. 5. 6-9; Filip. 1. 21-23, etc.



La Misión en Barotsiland.—Nuestro amigo particular, Dr. Fisher, misionero en Africa Central, habiendo vuelto á visitar á los misioneros de Barotsiland (de cuya obra por mucho tiempo hemos estado dando noticias), nos escribe una carta de la cual entresacamos lo siguiente:

«Muchas gracias por el ejemplar de EL EVANGELISTA. Aunque no poseo el castellano, mi conocimiento del portugués me sirvió, de modo que pude entenderlo bien. Nos llamó la atención el que Vds. diesen tanto espacio á noticias misioneras.

»Les interesará saber que después de la publicación de mi carta en EL EVANGELISTA he vuelto á visitar Barotsiland. En el intervalo de las dos visitas la Misión perdió su fiel é intrépido explorador, Mr. Coillard. Vimos su sepulcro en Sefula, al lado del de su amada y noble esposa. Así Dios le dió el deseo de su corazón que era el de acabar sus días en medio de su obra, y que sus restos descansasen al lado de los de su esposa. Pasamos una noche en casi cada una de las estaciones misioneras del valle de Barotsi, en donde fuimos objeto de toda suerte de consideraciones por parte de todos los misioneros. Todos están entristecidos al ver tan pocos frutos de los trabajos del Evangelio, y desean con ardor un avivamiento espiritual que dé por resultado la salvación de muchas almas.

»El apreciado Dr. Prosch nos visitó á nosotros hace un mes... El trabaja en Barotsiland desde 1898, donde tuvo la pena grande de perder su esposa. De treinta obreros que llegaron allí en su compañía él es el único que queda en aquel campo.»

Luego nuestro amigo pasa á hablar de como él, su esposa y familia han ido á otro campo para comenzar una obra nueva, y continua:

«Los naturales de Va-Lunda son los más tímidos que he encontrado; pero nos han

dado la bienvenida entre ellos de un modo notable, como á un íntimo amigo. Cierto es que alguno que otro servicio médico. les ayuda á entender nuestra buena voluntad para con ellos. Espero que los cristianos de España no nos olviden en nuestro campo solitario. No sabemos de ningún natural en todo este distrito que tenga conocimiento del verdadero Dios. Algunos de los muchachos que nos han acompañado de Lovale-land se interesan en las cosas de Dios, pero hasta ahora no dan señales de vida en sus almas. Sin embargo, gracias á Dios, nuestros hermanos de Koni y Kuenza empiezan á segar donde Arnot, Swan y Faulknor comenzaron á sembrar hace 20 años. Y en Bihe, donde algunos de nosotros comenzamos hace 17 años, Dios está dando su bendición, y otros están segando. Entretanto nosotros estamos aquí sembrando y regocijándonos con los que en otras partes siegan.

»Dé V. nuestro amor fraternal á todos los que aman á nuestro Señor Jesús en sinceridad y verdad, asegurándoles que muy á menudo nos acordamos de España en nuestras oraciones.

Suyo afmo. en El,

GUALTERIO FISHER»

El Japón.—Se temía que al estallar la guerra entre el Japón y Rusia, ésta siendo denominada nación cristiana, los japoneses que son paganos, empezarian una era de persecución contra los cristianos. El miedo fué infundado; pues de muchas partes del Imperio japonés se reciben noticias del interés con que los japoneses se disponen, no sólo á escuchar el Evangelio, sino también á examinar sus enseñanzas.

EL EVANGELISTA

Revista Evangélica, ilustrada, mensual

Precios de suscripción

(Pago anticipado)

ESPAÑA Y PORTUGAL

Por un año, 1 ejemplar. 0'75 pts.

Por un año, 25 id. 15'00 »

Por cada seis suscripciones á una misma recepción, se remitirá una gratis.

EXTRANJERO

Por un año, 1 ejemplar. 1'50 pts.

Por un año, 2 id. 2'25 »

Redacción y Administración, Provenza, 275, 1.º Gracia.—Barcelona